

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FAMILIA.—Hay cabezas de familia que establecen su familia por medio de injusticias.

Hay cabezas de familia que desconciertan su familia con sus desórdenes.

Hay cabezas de familia que corrompen su familia con sus malos ejemplos.

FAMILIA.—La piedad de todos los que constituyen una familia cristiana atrae las bendiciones de Dios.

La subordinacion de los más débiles por sexo y por edad establece y conserva la paz en las familias.

FAMILIA; véase: INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN EL SENO DE LA FAMILIA;—Y ORACION HECHA EN COMUN EN LAS FAMILIAS.

FAMILIARIDAD; véase: AMISTAD.

FAVORES ESPIRITUALES; véase: GRACIA.

FAVORES TEMPORALES; véase: PROSPERIDAD.

FÉ.

(NECESIDAD DE LA)

I.

Sine fide impossibile est placere Deo.
Sin fé es imposible agradar á Dios.
(HEBR. XI, 6.)

En nuestros dias, el hombre quiere medirlo todo con el compás de su pobre razon, y solo consigue abrumarse bajo el peso y la grandeza de los objetos, que tiene la temeraria presuncion de comprender en su limitada inteligencia. Se le destina á ser grande por medio de la creencia y de la práctica de cosas grandes; y el hombre se empequeñece voluntariamente, acomodando á su baja estatura los cielos y la tierra. Ved ahí el mal, el cáncer de la sociedad actual. No debemos buscar las mayores desgracias de nuestra época en los infortunios materiales de que se ve ó puede verse rodeada, sino en la incredulidad, ó en la indiferencia en que vive, materializada por comple-

to, y adherida al absurdo principio, de que solo debe creerse lo que está al alcance de los sentidos. Su ruina ó destruccion no ha de ser obra de la pobreza, ni de la guerra, como temen muchos, sino de la falta de creencias. Este mal ha llegado á su colmo, y es preciso aplicar, sin pérdida de momento, el remedio más eficaz para salvarla. Este remedio es la fé: es necesario creer: es necesario que el hombre y la sociedad se sometan á otras verdades fuera de las que están al alcance de la ciencia humana. Esta necesidad de fé, tanto en el orden humano, como en el orden sobrenatural, será el objeto del presente discurso. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La fé consiste en prestar asentimiento á verdades que están fuera del alcance de nuestros sentidos, y son superiores á nuestra razon; y el prestar este asentimiento es tan indispensable al hombre, como que toda su vida fluctúa en la necesidad de creer lo que no ha visto, y lo que no puede comprender. Fijemos, por un momento, la atencion en nuestra vida, y se verá que, ora se nos considere como hombres, sin referencia alguna á la religion, ora se nos considere como cristianos, no vivimos ni podemos vivir sin fé. Nosotros no sabemos que aquellos á quienes amamos como autores de nuestro sér, son verdaderamente nuestros padres, sino porque nos lo aseguran. Tampoco sabemos, cuando niños, que el alimento que tomamos es sano, sino porque nos lo dicen. Cuando empezamos los estudios, no hacemos más que prestar crédito y autoridad á los autores que leemos y á los maestros que nos enseñan. Si amamos, es porque tenemos fé en ser correspondidos; si vivimos en sociedad, es porque tenemos fé en los individuos que la constituyen: dormimos tranquilos en nuestras casas, porque tenemos fé en la honradez y probidad de los que están en nuestra compañía; y aun emprendemos negociaciones mercantiles porque tenemos fé en los dependientes y corresponsales. Examinad atentamente todos nuestros actos, y vereis que no hay en la vida humana uno siquiera, en que, de uno ú otro modo, no intervenga ó sea necesaria la fé.

Cuando empredeis un viaje y os embarcais para Francia ó para Inglaterra, ¿cómo sabeis que existen estas naciones? ¿Las habeis visto? Leeis la historia, y hablais de Anibal, de Carlo Magno y de otros personajes célebres. ¿Los habeis conocido? ¿Por dónde os consta que estos personajes existieron? Los que estais en posesion de algunas fincas, ¿cómo sabeis que estas fincas son verdaderamente vuestras, y que no son usurpadas? Y si obedecis á las autoridades constituidas, ¿es acaso porque hayais visto las credenciales que las autoricen para

mandaros? ¿Cómo os consta que su poder es legítimo? En todos estos actos solo os mueve la fé. Os han dicho que hay dos naciones llamadas Francia é Inglaterra, y lo creéis: os han dicho que existieron Anibal, Carlo Magno y otros personajes, y teneis por tan cierta su existencia como la vuestra propia: os han dicho que la tal finca es vuestra, y bien que no hayais examinado los títulos ó el derecho con que la poseéis, nunca os ha ocurrido la más ligera idea de que haya sido usurpada: os han dicho que tal ó cual persona tiene autoridad para mandaros, y os sometéis á sus mandatos. La fé en lo que os aseguran, es el móvil de vuestros actos: toda vuestra vida es un acto continuo de fé: continuamente os sometéis á lo que no habeis visto ni conocido.

Pues si en el orden exclusivamente humano, que está á nuestra vista, á nuestro alcance, nos es indispensable la fé, ¿qué sucederá en el orden sobrenatural? La perfeccion del hombre consiste en vivir en inmediatas relaciones con el Criador, en conocerle y amarle como objeto ó fin sobrenatural. Pues bien; ¿cómo conocerá el hombre estas relaciones, si el mismo Dios no le dirige? En el orden humano, donde las relaciones entre individuo é individuo se conocen, se ven y se comprenden, nuestra vida es vida de fé; ¿cuánto más deberá, por lo tanto, serlo en el orden sobrenatural? ¿Puede el hombre por sí mismo descubrir las relaciones que le han de unir con Dios? Imposible; porque lo infinito no puede ser comprendido por lo limitado; lo inmenso por lo pequeño; el omnipotente por el débil; el más sábio por el ignorante; Dios, por el polvo ó insecto llamado hombre. Si Dios pudiese ser comprendido por nosotros, no sería Dios. Luego, nosotros no podemos comprenderle; luego, por nosotros mismos no podemos descubrir las relaciones que han de unirnos con él; luego, es preciso que él mismo nos enseñe y nos guíe, y que nosotros le creamos y nos dejemos conducir por él, aunque encontremos por el camino muchos misterios y oscuridades. Además: nosotros estamos llamados ó destinados á gozar de Dios, por medio de la vision beatífica en que consiste toda la dicha del hombre. Pero ¿podemos con nuestros propios y exclusivos esfuerzos llegar á la felicidad eterna? Imposible. Luego, es preciso que tengamos fé en los medios sobrenaturales, que Dios nos proporciona para conseguir nuestro último fin.

Desengañémonos, hermanos; en la naturaleza todo tiene sus límites; así, pues, el hombre tambien ha de tenerlos. En vano se cansaria si tratase de verlo y saberlo todo. Así como en el orden natural el hombre no se basta á sí propio para satisfacer todas sus necesidades, del mismo modo en el orden sobrenatural ha menester un maestro

que le entere de las relaciones que le unen con Dios, y de los medio ó caminos que pueden conducirle á la felicidad eterna, á la cual está destinado. Este maestro no puede ser sino Dios. La historia de todos los siglos nos muestra la inutilidad de los innumerables esfuerzos hechos por el hombre, para definir y precisar con exactitud las relaciones que le unen con su Criador. Errores, extravagancias, absurdos: ved aquí lo que ha producido y lo que no podía ménos de producir el ingenio humano, siempre que ha tratado de buscar por sí solo la verdad religiosa, ó sea, la verdad que exprese fielmente nuestras relaciones con Dios, y señale los medios y caminos que le conduzcan á la felicidad eterna. Se necesita la palabra de Dios, para que el hombre se entere de lo que se refiere á su vida sobrenatural; y Dios habla por el ministerio infalible de su Iglesia. En lo humano, el testimonio de los hombres nos parece suficiente garantía para creer lo que no vemos; ¿cuánto más ha de bastarnos en el orden sobrenatural el testimonio de Dios?

2. Creamos, pues, las verdades superiores á nuestra razon ó inteligencia que Dios nos enseña por el ministerio de la Iglesia. No olvidemos, que sin la fé nos es imposible agradar á Dios: *Sine fide impossibile est placere Deo* (HEBR. XI, 6). Tengamos siempre presentes estas palabras del Salvador: *Qui non crediderit, condemnabitur* (MARC. XVI, 16), el que no creyere, será condenado. Desde el principio del mundo, todos los que han agradado á Dios, le han agradado por la fé. Por la fé, la ofrenda de Abel fué más agradable á Dios que la de Cain. Por la fé, Enoc se preservó de la muerte. Por la fé, el patriarca Noé se libró de las aguas del diluvio. Por la fé, mereció Abraham ser el padre de los creyentes. Por la fé, se hizo fecunda la estéril Sara. Por la fé, Isaac dió á sus hijos Jacob y Esaú una bendicion para lo futuro. En virtud de la fé, bendijo Jacob, poco ántes de morir, á los hijos de José, y se inclinó ante el cetro de autoridad que empuñaba su hijo. En virtud de la fé, renunció Moisés á las ventajas de ser considerado como hijo de la hija de Faraon. En virtud de la fé... pero ¿á qué cansarme, oyentes? Me faltaria el tiempo, os diré con el Apóstol, si quisiese hablaros de Gedeon, de Barac, de Samson, de Jetté, de David, de Samuel, y de los profetas, que con la fé conquistaron reinos, cumplieron los deberes de la justicia, cerraron la boca á los leones, domaron el fuego, demostraron inaudita fortaleza, triunfaron de sus enemigos y resucitaron los muertos. No hablo, amados oyentes, de los prodigios que en todos tiempos ha obrado la fé, despues de la venida del Salvador; si deseais conocerlos, leed la historia eclesiástica, y os convencereis, de que no hay mayores riquezas, mayores te-

soros, mayores honores, que la fé católica, la cual salva á los pecadores, ilumina á los ciegos, cura á los enfermos, justifica á los fieles, corrige á los penitentes, aumenta los justos, y corona á los mártires.

Tal vez se os diga, que la fé es un yugo con que se trata de oprimiros; un impedimento con que se pretende reprimir el progreso en las investigaciones humanas. No creais á los que con esto pretenden arrojar vuestro espíritu en el fondo de todas las tinieblas. La fé no se nos impone como un yugo, se nos presta como un auxilio necesario. La fé no es un impedimento con que se trata de contener el progreso, es la salvaguardia de la verdad, es la piedra fundamental, y, al propio tiempo, la cúpula de los conocimientos humanos. La historia nos enseña, que los siglos de fé han sido los siglos de la ciencia.

En la fé encontrareis siempre, amados oyentes, una luz que alumbrará las tinieblas de vuestro espíritu. Si por desgracia os habeis extraviado, y os hallais fuera del camino real de la verdad, volved los ojos á la fé, como el viajero los vuelve ó los dirige, cuando se ve perdido, hácia las torres ó hácia las piedras miliarias colocadas en la orilla del camino. Ya lo habeis visto; nosotros no vivimos ni podemos vivir sin fé: si no creéis lo que os enseña Dios por el ministerio de la Iglesia, creeríais los absurdos que os propondrian sus enemigos. Siempre se han hecho ciegamente crédulos los que se han negado á ser creyentes. Por no prestar fé á Dios ni á la Iglesia, han llegado á creer á cualquier desconocido ignorante, ó á cualquier preocupado que les haya hablado contra las verdades eternas. No creen á Dios, que se digna enseñarles las verdades más importantes; y creen al escritor, al poeta, al cómico, al viajero que les refieren cosas fabulosas. No creen á Jesucristo, que derramó su sangre para hacernos eternamente dichosos; y creen al impío novelista, que con sus depravados escritos les hará eternamente desgraciados. No quieren creer á Moisés, que nos explica el origen del mundo; y creen á un anticuario, que pretende haber encontrado entre las ruinas de alguna ciudad una piedra con una inscripcion que, en su concepto, no está acorde con lo que dice aquel escritor inspirado.

En una palabra, el incrédulo, por no creer á Dios ni á la Iglesia, cree á un hombre cualquiera, á un hombre que no conoce, á un hombre enemigo de la verdad. ¿Puede darse mayor absurdo? Ya que nos es tan natural el tener fé, ó el creer lo que no está al alcance de nuestros sentidos ni de nuestra inteligencia, creamos á Dios, que no puede engañarse, ni engañarnos: creamos á la Iglesia, que no nos propone creer sino lo que Dios se ha dignado revelarnos. Esta fé es la única que puede salvarnos: esta fé es la única que ha de salvar á

la sociedad. Todo anda en confusion horrible, porque faltan las ideas comunes; sin la fé se perderia la sociedad en un mar de dudas. Al contrario, con la fé, las dudas desaparecerán, y los pueblos disfrutarán de paz y felicidad.

¡Dios mio! yo os doy gracias por haberos dignado enseñarme por el ministerio de la Iglesia las verdades que más me importa conocer. Haced que todos creamos estas verdades, que todos las tomemos por norma de nuestras costumbres, para que todos consigamos lo que nos tienes ofrecido, que es la felicidad eterna. Amen.

FÉ.

(SIN ELLA ES IMPOSIBLE AGRADAR Á DIOS.)

II.

O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis.
 ¡Oh mujer! grande es tu fé: hágase como tú lo deseas.

(MATTH. XV, 28.)

Cuando el Rey profeta se vió en la triste necesidad de elegir una de las tres plagas, con que determinó el Señor castigar al pueblo escogido, aún pudo exclamar con sobrada verdad, que eran demasidamente grandes y dignas de alabanza las misericordias de Dios (II. REG. XXIV, 14). David elige la peste devastadora por espacio de tres días, como la más suave ó la ménos terrible de aquellas plagas; y aunque en este corto período ve bajar al sepulcro setenta mil hombres, consternando á todo su pueblo la horrorosa presencia de la muerte, que le amenaza con una entera desolacion, pudo, sin embargo, asegurar con toda certeza, que aún eran demasidamente grandes las misericordias del Señor. Todos aquellos azotes no eran más que correcciones de un prudente y amoroso padre, que deseaba por aquellos medios, aunque fuertes, librar á sus hijos de una desgracia incomparablemente más cruel, á que se habian hecho acreedores, cerrando sus oídos á las voces de su miseri-

cordia. El castigo digno de temerse, el compendio y como término de todas las desgracias y males, es aquel de que, con un énfasis elocuentísimo, se lamenta el mismo Dios, cuando por uno de sus profetas exclama (OSEAS, IX, 12): *væ eis, cum recessero ab eis.* ¡Ay de aquel pueblo, ay de aquella nacion, á quien Dios abandona y deja de mirar como heredad suya! ¡Ay de aquella nacion desventurada, que llegue á sumirse en el abismo de la infidelidad! Eterna é irremediablemente será presa infeliz de una muerte cruel y desesperada, por perder la fé, que es el fundamento de la salud y de la vida.

Cuando veo en la historia la deplorable suerte de la deicida Jerusalem, la entera desolacion de aquel suntuoso y admirable templo, y el vergonzoso abatimiento á que se vió reducido aquel pueblo, luego que arrojó de su corazon la fé del verdadero Dios; ¡ay de la España! digo, ay de nosotros, si, á imitacion de los judíos, seguimos provocando con nuestros desórdenes la ira del Señor, hasta el extremo de obligarle á privarnos de este don preciosísimo! Cuanto mayores han sido los dones y beneficios que su misericordia infinita nos ha dispensado, tanto deberán ser más terribles los efectos de su justicia, si tenemos la temeraria osadia de despreciarlos, arrojando de nosotros, como aquel pueblo ingrato, las creencias religiosas.

Á fin de evitar esta enorme desgracia, que es irremediable, si no se mejoran nuestras costumbres, he creido oportuno recordaros la indispensable necesidad de la fé para conseguir la vida eterna. El evangelio nos presenta un ejemplo de las gracias que el Señor suele dispensar, aún en esta vida, á los que prestan un verdadero asenso á sus palabras. Preséntase inflexible á los ruegos y súplicas de la Cananea y de los apóstoles, que intercedieron en su favor, y hubiera continuado en su resolucion, si la fé de esta mujer no le hubiera conmovido, hasta el extremo de exclamar en alta voz: *Oh mujer, mucha, muy grande, muy viva es tu fé; recibe en premio de ella la salud de tu hija, que tan vivamente deseas.*

¡Ojalá, que mis palabras os inspiren una fé semejante á la Cananea, para que podais conseguir, no iguales, sino mayores bienes que ella; como son los de la gracia, sin los cuales no se puede conseguir la vida eterna. Pidámoselo muy de veras al Señor por la intercesion de su bendita Madre. A. M.

4. Es una conocida y temeraria imprudencia, el quererse constituir el hombre juez árbitro en los asuntos que no entiende, y mucho más en aquellos que no puede entender, por ser muy superiores á la esfera de su capacidad. Tales son, por lo comun, los delirios de los filósofos en

materia de religion. ¿No es, suelen decir con afectacion y arrogancia, no es una verdadera injusticia, el querer violentar la razon del hombre, para que crea lo que no llega á comprender, y asegure ser verdadero lo que, en su opinion, no puede ménos de ser falso? Á qué puede conducir, ó con qué objeto se nos propone como necesaria la creencia del misterio de la Trinidad? ¿Cómo es posible que asienta nuestra razon á un misterio, tan imposible? No es posible discurrir acerca de semejante misterio sin tropezar á cada paso en una multitud de contradicciones, que lo hacen absolutamente increíble.

Esto mismo sucede, si tratamos de penetrar el de la encarnacion del Verbo eterno. Y un Dios infinitamente bueno ¿se podrá divertir en tener en esta cruel y continúa tortura la humana razon, que ha criado para que conozca la verdad? Y lo que es más extraño aún; un Dios, infinitamente sábio, ¿consentirá en que dépenda la felicidad única del hombre del asenso á unas proposiciones tan absurdas? Dios crió y destinó á todos para la gloria. Estos misterios no son igualmente creidos, ni aún propuestos en todas partes, y seria una desigualdad monstruosa, una insoportable injusticia, hacer felices á unos, por sola la circunstancia de haber visto la primera luz del dia en el país en que se creen como verdades reveladas, y excluir á otros de la felicidad, porque tuvieron la desgracia de nacer en donde las desecharon sus padres como ficciones humanas, como inventos de la supersticion y del fanatismo. ¿Por qué se ha de hacer al hijo responsable de la incredulidad de sus padres? No estando en la esfera de sus atribuciones la eleccion de la pátria en que haya de recibir la vida, ¿por qué ha de influir tan poderosamente esta impertinente circunstancia en la diferencia de suertes, que han de cabernos por toda la eternidad?

Por medio de estos pueriles discursos, partos legítimos del orgullo y la ignorancia, supónese triunfante de la Religion el filósofo ateista, y se cree autorizado para declamar á cara descubierta, contra la revelacion y la Providencia. ¡Insensato! ¿Quién es el hombre para tener la insolencia de llamar á su Dios á cuentas, y pedirle razon de sus acertadas disposiciones? El autor de nuestra naturaleza ha dispuesto, que sea razonable el obsequio de nuestra fé, (ROM. XII, 1); por lo que ha fundado su creencia en una razon tan sencilla, que sin dificultad convence á todos los que de propósito no se obstinan en cerrar sus ojos á la verdad, cual es, la de que lo dice el que no puede engañarse ni engañarnos; pero, al mismo tiempo, determinó, que los misterios sean esencialmente oscuros en esta vida; muy superiores, mas no contrarios á la razon. De donde se infiere, que quiso vincular á la humildad de nuestra fé el mérito para nuestra gloria.

¿El mérito para la gloria? Sí, señores; de nada pueden servir aquí las ponderadas luces de la razón, y el incrédulo se ve precisado á confesar con los católicos, que todas las conjeturas, cavilaciones y sofismas de la prudencia humana, no pueden servir de regla para conocer lo que depende solo de la voluntad divina. La gloria, que esperamos, como de un orden muy superior á toda la naturaleza, es una pura gracia, que quiere dispensarnos la bondad y beneficencia de nuestro Dios; es un don que á ninguno debia, aunque estuviéramos todos adornados de la inocencia, que por desgracia no tenemos, es un beneficio extraordinario, que nadie puede merecer abandonado á sus propias fuerzas, y que por un puro efecto del divino amor se prepara, se ofrece, y efectivamente se dispensa á todos los que deseen disfrutarlo. Y ¿quién será el temerario que pretenda dictar leyes y fijar condiciones á Dios, para que le conceda lo que de ningún modo le debe? Siendo la gloria una propiedad exclusivamente suya, que á todos pudiera negar, sin faltar á las leyes de la justicia, de la equidad y del orden, sin que nadie pudiera con razón quejarse, es evidente, que solo á él pertenece establecer las condiciones y requisitos que haya de tener el hombre para adquirirla.

Pero ¿cómo sabremos, si el Señor de hecho las ha establecido, y cuáles sean, en su caso? Dependiendo esto solamente de su libre voluntad, solo podemos llegar á conocerlo por su misma revelación. Tratemos pues de consultarla.

Para derribar el espíritu tentador al hombre del derecho, que con la vida le habia concedido Dios á la gloria inmortal, dió principio á su infernal proyecto, inspirándole con astucia algunas dudas: trató de persuadirle ser inverosímiles, del todo falsas, las palabras que Dios le habia dirigido, y que no tenían más objeto que burlar su credulidad, tener siempre cerrados sus ojos y oscurecida su razón, para que no discurriera con libertad acerca de las verdades que más le interesaban. Esto es precisamente lo que pretenden de nosotros los enemigos de nuestra fé: se valen de las mismas escandalosas lisonjas, echan mano de las mismas arterias y sugerencias, son, en fin, unos verdaderos satélites de Lucifer. Y ¿es posible que no se avergüencen estos mentecatos, que no huyan del comercio y sociedad de los demás hombres á sepultar su confusión en el más escondido asilo, al ver tan perfectamente descubierto el origen de su ilustración? Por no querer sujetar su orgullosa razón á la infinita sabiduría de su Dios, se someten, toman por maestro al espíritu del error y de la mentira; y de tal modo siguen sus abominables instrucciones, que no osan añadir una sola palabra á lo que él dijo en el principio del mundo. Su sugestión es

idéntica, es una misma: por sus bocas se comunica la voz del dragon infernal. Comparad las expresiones de los unos con las del otro, y no advertireis la más mínima diferencia. Examinad con detención y prudencia cuál sea el verdadero principio de la seducción, y aprended á temerla y detestarla: de lo contrario, experimentaréis infaliblemente los mismos resultados que los primeros hombres. Tuvieron éstos la imprudencia de dar asenso á las falsas voces de Satanás, negándose con una impía desfachatez al infinitamente verdadero é incapaz de engañarnos; y en aquel mismo momento se vieron sumidos en el abismo de la ignorancia más deplorable, de la más absoluta ceguera. Aún se hicieron incapaces de hallar el camino, por donde pudieran salir de aquel intrincado y horroroso laberinto; y su razón, rodeada de tinieblas, no podia discurrir medio alguno para libertarse de la enorme miseria en que se habian sepultado. Tal era su estupidez, que cuando Dios los buscó para ofrecerles el remedio, se ocultaron, huyeron de su vista, creyendo poder sustraerse á su severa mirada, al golpe de su justa indignación. Sin duda alguna hubiera sido irremediable y eterna su desgracia, si la bondad infinitamente sabia y poderosa del Señor no hiciera un esfuerzo propio suyo para librarlos de ella. Y viendo que la soberbia, la ambición, el orgulloso deseo de la independencia, los habia conducido al extremo de poner en duda sus palabras, determina humillar su razón, obligándolos á cautivarla en su obsequio, y hacerles creer, sin el menor recelo, verdades incomparablemente más elevadas, arcanos mucho más sublimes, misterios que jamás pudieran comprender; y solo por este medio, bajo esta precisa condición, les promete su reconciliación y la bienaventuranza para que los habia criado. Ofreceles en unas cláusulas, no ménos oscuras que breves, la venida de su Hijo al mundo, para reparar la falta que ellos habian cometido en perjuicio suyo y de sus descendientes; y á la fé y esperanza en este divino Salvador vincula la salud eterna de todos los mortales, de tal suerte, que nadie, absolutamente nadie puede ya ser salvo sino por este medio (Act. iv, 12).

La vida de todos los patriarcas, las predicciones de los profetas, la institución de los sacrificios, las ceremonias todas de la ley de Moisés, y la providencia con que el pueblo escogido fué libertado del yugo de Faraon, protegido en el Desierto y posesionado de la Palestina, todo contribuía á renovar la augusta promesa, y la necesidad de creer y esperar la venida del libertador, para participar el fruto de su sacrificio. Las figuras más expresivas fueron la sangre del cordero, con que mandó señalar en el Egipto las puertas de las casas, para librar de la muerte á los primogénitos de los hebreos, y la serpiente de metal que

dispuso se levantara sobre un palo en el Desierto, para que, á su vista, sanasen los israelitas de las mordeduras de las serpientes verdaderas, que de otro modo eran incurables, y conducian á una muerte pronta y desesperada. Esta última es tan clara, que no necesita explicacion alguna. La mordedura de la serpiente era mortífera, sin que todos los recursos de la medicina, sin que toda la naturaleza ofreciera un solo remedio capaz de curarla; y con una cosa tan fácil, y á juicio de los incrédulos tan impertinente, como era el mirar solamente una imágen del reptil que los habia mordido, quedaban sanos en el momento. Y para que la figura fuera aún más demostrativa, hace poner Moisés, inspirado del mismo Dios, el signo milagroso en lo alto de un madero, á fin de que á nadie le sea lícito dudar que es un símbolo del Redentor de los hombres, colocado en lo alto de la cruz; objeto, que si miran con los ojos de la fé los miserables, heridos de muerte con el pecado del primer hombre, asegurarán la vida del alma, absolutamente imposible de recobrase por otro medio. El Hijo del hombre, nuestro divino redentor Jesucristo, manifestó por su misma boca la interpretacion verdadera de aquel signo, diciendo (JOANN. III, 14 ET 15), que así como Moisés hizo levantar en el Desierto la serpiente, así seria él mismo elevado en un infame madero, para que todos cuantos mirándole, crean sinceramente ser el Hijo del Eterno, no perezcan, como perecerán sin remedio todos los que se resistan á creer en él; sino que consigan la salud eterna en recompensa de su fé. Quien no cree, continúa el Salvador (IBID. 18), no necesita ya nuevo juicio; desde el mismo momento, quedan sentenciados á una muerte eternamente desgraciada, *porque yo soy el único camino por donde se puede llegar á la gracia de mi eterno Padre*, y ninguno ha llegado, ni es posible que se acerque jamás, dirigiéndose por otra via.

Con mucha frecuencia se encuentra repetida esta verdad en el Evangelio. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; mas el que no crea, irremediamente quedará condenado (MARC. XVI, 16). Aún para recibir las aguas salutíferas del sacro bautismo, se establece como punto necesario la verdadera fé; y por eso el Salvador dispuso y mandó expresamente, que fuesen instruidos en sus augustos misterios los que hubieran de ser bañados en ellas. El apóstol san Felipe, ántes de bautizar al eunuco de la reina Candace, que con tan vivas ansias se lo suplicaba, le exigió la confesion, y le obligó á repetir que creía de todo corazon, que Jesucristo era hijo verdadero de Dios (ACT. VIII, 36 ET 37).

No quiero detenerme á recopilar testimonios. Creo haberos persuadido de la necesidad de la fé para conseguir la felicidad, y del or-

gullo de los filósofos, que se oponen á creer los misterios que nos ha revelado el Señor, solo porque no alcanza á comprenderlos su débil razon. ¡ Infelices ! no advierten que se hacen más acreedores, y experimentarán con más rigor la ira de Dios en el dia de las venganzas, que aquellos otros que no creyeron la revelacion, por no haber llegado á sus oidos.

Cautivemos nuestra razon en obsequio de la fé: renovemos las promesas que hicimos á Dios en el bautismo, puesto que ya se ha roto, por nuestras infidelidades, la escritura que hizo él con nosotros en aquella sagrada ceremonia. Pidámosle sin intermision su divina gracia; importunémosle, hagámosle una especie de violencia como la Cananea del Evangelio: no desmayemos por más que aparente repearnos como á ella, que, por fin, viendo nuestra constancia, nos concederá sus divinos auxilios, con los que venceremos la resistencia que pueda oponer nuestra orgullosa razon á creer las verdades reveladas, por más difíciles é inconcebibles que le parezcan; y consiguiendo agradar á Dios en esta vida, nos haremos acreedores al premio inmortal, prometido á los verdaderos creyentes. Amen.

FÉ.

(MEDIOS DE ADQUIRIRLA.)

III.

Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi.

La fé proviene del oír, y el oír depende de la predicacion de la palabra de Jesucristo.

(ROM. X, 17.)

Todas las ciencias se aprenden por el estudio de los fenómenos que se desprenden de su objeto; por consiguiente, la ciencia de la religion se aprende por el estudio de los fenómenos religiosos. Mas este secreto de la ciencia no es para nosotros el primero, puesto que para ser cristiano no solo necesitamos saber, sino, sobre todo, necesitamos creer.

¿Y qué se requiere para esto? ¿Qué sendas tenemos abiertas, en medio de la oscuridad de los misterios de la fé? ¿Por dónde nos abriremos paso en abismos impenetrables? Cuando S. Juan, desde el fondo de su destierro de Patmos, descubria los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos, y oyó que un ángel decía: ¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos? Y como nadie podia hacerlo en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, S. Juan empezó á llorar. No llores, le dijo el ángel, hé aquí el leon de la tribu de Judá que ha vencido, el vástago de David que abrirá el libro y romperá los siete sellos. La fé, hermanos míos, es tambien un libro cerrado con siete sellos, y no creo equivocarme al suponer, que hay entre vosotros algunos que desean abrirlo, y lloran porque no pueden hacerlo. Pues yo tambien les digo: «No lloreis, porque el leon de la tribu de Judá ha vencido, ha difundido la luz en las tinieblas, ha comunicado vida á la muerte y nos ha dado los medios de ir en pos de él y de seguir sus huellas.» La fé es posible: lo es infinitamente más que la ciencia; la ciencia será siempre patrimonio de un corto número, miéntras la fé es patrimonio de todos. Sin embargo, hay hombres que no la tienen, ó que la han perdido; los hay que la buscan y dicen que no la encuentran. ¿Cómo se adquiere la fé? ¿Por qué medios podemos convertirnos á Dios, despues de haber perdido la primitiva sencillez de corazón? Ved aquí lo que voy á manifestar en el presente discurso. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. La fé, hermanos míos, es, ante todo, un acto de entendimiento. El entendimiento es la facultad de admitir y de combinar las ideas; las ideas son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas, en tanto que el entendimiento las percibe; y como las cosas pertenecen á dos categorías, el mundo inferior y el mundo superior, el mundo natural y el mundo divino, de ahí se sigue, que hay dos clases de ideas, ideas naturales é ideas divinas. La adhesión del entendimiento á las ideas naturales constituye la razón; la adhesión del entendimiento á las ideas divinas constituye la fé. Ahora bien; así como se forma en nosotros la razón, que consiste en la adhesión á las ideas naturales, así tambien se forma la fé, que consiste en la adhesión á las ideas divinas; de suerte, que la teoría de la razón es tambien la teoría de la fé, y la generación de la una es semejante á la generación de la otra. Si me preguntaseis en qué se funda mi fé, podria, á mi vez, preguntaros, en qué se funda vuestra razón.

Sea cual fuere el sistema que se siga sobre el origen de las ideas ó

de los primeros principios naturales, siempre resulta, que estas ideas ó estos primeros principios son admitidos por el entendimiento humano. La razón empieza por un acto pasivo; solo Dios empieza por la actividad, y por la actividad termina. El hombre, al nacer, está en actitud pasiva para la razón, como para la vida; y así como recibe el primer síntoma y elemento, sin hacer, por su parte, el menor esfuerzo ni acto, así recibe tambien el primer gérmen de la razón, sin cooperación alguna de su parte; pero este gérmen, por sí solo, aún despues de recibido, no se desarrolla por su fuerza natural, abandonado á sí mismo; necesita un auxilio exterior, que fomente y forme el entendimiento; y este auxilio es la palabra. Cualquiera que no hubiese oído la palabra, aún cuando tuviese toda la aptitud para convertirse en un sér inteligente, aunque poseyese en su interior el gérmen de las ideas, no se desarrollaria su elemento intelectual; planta silvestre, estéril é inculta, se consumiría lentamente y sin gloria entre la región de las imágenes, que percibiría, y la región de las ideas, cuya existencia, á lo más; sospecharía: tal le acontece al sordo-mudo. En fin, se necesita que el gérmen de las ideas, fomentado por la palabra, llegue á un completo desarrollo, porque hay una inevitable antipatía entre las tinieblas y el entendimiento; y las ideas, miéntras no son claras, no son más que un principio y un bosquejo del desarrollo de la razón. Tal es, hermanos míos, la ley que siguen la fé y la razón al formarse. El hombre no posee por sí mismo las ideas divinas, como por sí no posee las ideas naturales, y mucho ménos las primeras, porque es infinitamente mayor la distancia entre el hombre y Dios, que entre el hombre y la naturaleza. Por lo tanto, se encuentra en un estado pasivo para recibir de un modo original las ideas divinas, y tambien para recibir de un modo primordial las ideas naturales. Nunca será capaz de adquirirlas ó de crearlas en sí, no habiendo recibido este don de Dios: á este don le llaman los cristianos *gracia*, es decir, el don gratuito por excelencia. Comunicase al hombre en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma; ó si no ha sido bautizado, se le comunica por otros medios que expone la doctrina católica, y de los cuales no debemos ahora ocuparnos. La gracia, desde el punto de vista que nos ocupa, es una efusión de las ideas divinas, por cuyo medio el entendimiento se pone en relación con el horizonte del mundo superior ó divino. De todos modos, este no es más que un gérmen; y así como la semilla natural necesita ser desarrollada por la instrucción ó la palabra humana, la semilla ideal divina necesita ser desarrollada por otra instrucción ó palabra, que es la de la Iglesia.

Como os ha hablado vuestra madre, os habla tambien la Iglesia,